

sus preseas y con sus grandezas las glorias de su amada Tiro. Entonces Eneas, lanzando un profundísimo suspiro, contóle cómo provenía de los campos frigios; cómo juntara veinte navíos bajo su mando en aquellas célebres costas, y como solamente le quedaban siete, cuitadísimo, infeliz, herido por su adversa estrella, lanzado por dioses enemigos de Asia como de Europa sobre los arenales líbicos. Venus le dijo al troyano que se apaciguara, y que creyera en el encuentro de sus compañeros, como él náufragos, pero como él también redivivos y salvos. En su divino lenguaje la diosa comparó las naves troyanas burlando el furor de los vientos con cisnes heridos y escapados al furor de las águilas. Así aconsejó por último á Eneas que no descansase hasta dar con el palacio donde se albergaba Dido, y una vez tal consejo expresado, se huyó, revelando en la huida su inenarrable divinidad. Eneas quiso retenerla, pero Venus partióse con ligereza natural á su templo de Pafos, donde los incienso de Sava humean eternamente sobre altares ceñidos con guirnaldas de frescas y suaves rosas.

El fugitivo se vió en la necesidad imprescindible de obedecer tomando el sendero conducente á la nueva ciudad fenicia. Bien pronto, desde una colina cuya cumbre alcanzaran sin esfuerzo, descubrió

su mirada el sitio en que los trabajadores congregados por Dido iban construyendo los nuevos edificios. Allí, en aquel recodo, solamente ocupado por cabañas rústicas y por pueblos incultos, elévase una ciudad en formación, donde pasman y admiran las enormes piedras sobrepuestas en murallas y en torres apercebidas á recibir todos los ornamentos del arte con todas las delicadezas del gusto. No trabajan las hormigas al atrojar su grano en la honda tierra, no zumban los enjambres al elaborar sus dulces y olorosas mieles en la pródida colmena, como trabajaban y zumbaban los jornaleros adscritos á la construcción de Cartago. En el sitio donde abordaran, veíase un bosque perfumado, y en el centro de tal bosque la milagrosa cabeza de un ardiente corcel, que Juno les había designado, cual horóscopo fehaciente de las felicidades y de las fortunas, para ellos apercebidas y guardadas en sus providenciales designios. Cartago sumaba entonces, con todos los elementos propios de una ciudad populosa, todas las delicias de los campos. El aire parecía embalsamado por la salvia y el tomillo; parecían las aguas fluir naturalmente de las grutas, como si la humana industria no hubiese podido expulsar de allí los dioses campestres. Dido naturalmente correspondía con magnífico templo á los favores de Juno. Vestíbulos de bronce abrían paso

á puertas incrustadas en riquísimos y varios metales. Y como quiera que no cabía templo ninguno antiguo sin el ornamento y el auxilio de las más bellas esculturas, al entrar Eneas, no solamente las halló de primer orden, sino que halló en ellas y en sus cuadros, así en los frescos cual en los bajo-relieves, las escenas varias que había enaltecido la *Iliada* de Homero y sembrado los recuerdos de la troyana guerra por todo el viejo mundo. Entre los héroes que allí había pintados y esculpidos, no sólo encontró Eneas á sus padres, á sus parientes, á sus amigos, á sus compañeros varios, hallóse también á sí mismo. Y estos encuentros con los antiguos tiempos, con los recuerdos sacratísimos, con las viejas historias, le consolaron por todo extremo en su inmenso dolor, y le advirtieron cómo no había perecido con ellos y con su fortuna su nombre y su memoria.

Mientras Eneas admiraba las pinturas y parecía fuera de sí en aquella contemplación estática, Dido aparece rodeada por completo de jóvenes y hermosas compañeras. Llévala por aquellos sitios el deseo de inspeccionar las obras y de mover los obreros al trabajo. Sentada, después de haber aquellas largas galerías recorrido, sentada en su trono, donde solía dictar los juicios, proclamar las leyes y sostener con premios y distinciones á los trabaja-

dores, Dido parecía una diosa. Eneas quedó un momento deslumbrado viéndola, pero no pudo fijar todavía su atención bastante por descubrir con asombro, al lado mismo de Dido, á los compañeros que creía muertos bajo el azote de la tempestad y ahogados en los mares profundos. Bien es verdad que no iban allí como Eneas hubiera deseado, pues todos ellos aparecían como suplicantes y demandaban alivio en algún dolor, consuelo en alguna desgracia. Efectivamente, Dido no había conseguido aún tomar todas las razas líbicas y someterlas á su cultura. Por eso indudablemente los náufragos, en vez de abrigo, habían encontrado terrible desabrimiento, y en vez de la paz y amistad con que soñaban, piratescos procedimientos encaminados á desvestirlos de todos sus trajes, desposeerlos de todas sus haciendas y precipitarlos en los mares profundos, á cuyos oleajes y á cuyos abismos habían por tan milagrosos medios escapado. Dido, bajos los ojos y encendida la faz, les respondió diciéndoles cómo los duros comienzos de todo nuevo imperio exigían aquellos procedimientos durísimos y aquellas tolerancias con las gentes bárbaras. Pero conociendo, como conocía, la grandeza de Troya, sus guerreros sin par, sus hazañas y sus heroicidades sin segundo, ora quisieran arribar á la hermosa Hesperia y á los campos de Saturno, ora detenerse

más cerca de allí en la idílica Sicilia, estaba resuelta de todo en todo á prestarles sus servicios, pues consideraba como dos ciudades hermanas la ciudad mártir de donde provenían ellos, y Tiro, donde había ella nacido. Y no solamente les ofrecía todo esto, sino que deseaba, con deseo vivísimo, ver y encontrar á su rey Eneas, de quien oyera siempre hablar satisfactoriamente, y con quien deseaba tener amistades muy naturales en los nacidos y criados al amor de Asia. Mientras estas cosas pasaban en torno suyo y las oían tanto Eneas como sus demás compañeros, quedaban, por los artificios propios de aquellas edades mitológicas, completamente ocultos, circuyéndolos pródiga nube, mandada por Venus con oportunidad, á fin de que vieran y no fuesen vistos en tal particularísima escena. Y mientras tanto ardian en deseos vehementísimos de mostrarse á los suyos, referirles cuánto habían sufrido, estrecharlos contra su corazón, y apoyados unos en otros salir con ventura propicia de los terribles eventos.

Por fin la nube, donde habían los genios propicios envuelto á Eneas, acaba por disiparse, apareciendo éste á los ojos de todos los circunstantes. La inesperada resurrección del héroe hiere con profunda herida el ánimo de Dido que, sin darse cuenta del afecto cariñoso por su corazón experimenta-

do en aquellos minutos supremos, atribuye á mera curiosidad histórica el interés profundo por un troyano héroe infeliz y fugitivo. No bien determinadas todavía las ideas de su mente y las pasiones de su corazón, ora se muestra Dido compasiva por las innumerables desgracias de su Eneas, ora por las viejas relaciones entre su patria y su padre con los padres y la patria del náufrago. Lo cierto es que conduce á Eneas dentro de su palacio, dispone la celebración de su encuentro en todos los templos y envía ricos presentes á los compañeros de su dolor y su infortunio. El palacio de Dido arde con tal ocasión propicia en fiestas y en festines. Penden de las paredes riquísimos tapices; arrebolan estos tapices con sus reflejos de carmín la púrpura de Tiro, mientras brillan sobre las ebúrneas mesas y junto á los multicolores lechos los vasos y los jarrones de plata y oro cincelados con relieves parecidos á una epopeya compuesta de armoniosas líneas. Eneas, no sabiendo cómo agradecer á Dido tantos obsequios, manda traer los despojos troyanos embarcados con él en sus naves; las túnicas admirables donadas á Helena por su madre cuasi diosa; el cetro llevado por Ilione, la primogénita de Príamo; los collares de perlas y los joyeles de oro y pedrería salvados al incendio de Troya. Venus, madre del héroe, se complace mucho con tales dis-

tinciones; pero temiendo un refriamiento en ellas y una desgracia, por ende, irremediable de su adorado Eneas, quiere alzarle allí algo más que un hogar hospitalario debido á los afectos de amistad, un trono alto y propio, desde cuyas cimas pueda reinar sobre poderosas gentes y evadirse á las iras y cóleras de Juno. A este fin transforma su Cupido, el dios de los amores, en Ascanio, el hijo de su Eneas, y le comisiona ó expide para que, al abrazarlo Dido en sus senos y jugarlo con él á guisa de muchachuelo inocente, transfunda éste por sus venas las ponzoñas de su encendido amor. Cupido cumple, como siempre, las órdenes de su padre. Pero en el espacio que mediara entre los primeros asomos de su amor y la erupción ya tempestuosa, quiso conocer toda la historia del héroe, desde su despedida del reino troyano hasta su llegada más ó menos feliz á las riberas líbicas. Eneas, después de pintar la última noche troyana, cuenta cómo recorrió los mares frigios; Creta, la isla de los misterios; Delos, el templo de Apolo; aquellos bosques de Ida, donde surgieron los fragorosos coribantes; Naxos, por cuyas montañas elevadas corre Baco ebrio; el mar de las arpías tan terribles y nefastas; las tierras donde se alzan altares á la luz del sol y reina con dominación tranquila el rey Heleno; los golfos y muros de Tarento; las faldas inmensas del

Etna, heridas por terremotos continuos; la epiléptica Trinaquia por los estremecimientos del volcán azotada y en tierra firme removida como los navíos por el viento; la feliz Selinunto con sus palmeras orientales, y la temible Lilibea con sus escollos multicolores, uniendo por tan maravillosa manera en su relato histórico los combates de la *Iliada* con los viajes de la *Odissea* por verdaderas armonías y en varias narraciones de todo punto épicas.

Nada interesa tanto el corazón de las mujeres como el combate y la guerra en los hombres. Aunque Dido comenzó á sentir, desde que abrigara en su regazo al fingido Ascanio, la profunda y encendida pasión que Venus había querido sugerirle, aquellos relatos de la pugna con los hombres y de la pugna con los elementos sirviéronle para encender y acrecentar más y más el fuego de su pecho, á cuyo calor corría con vertiginosa celeridad la sangre de sus venas impelida por los golpes de un corazón en delirio. Así, al mismo tiempo que las hermosas facciones por su imaginación esculpidas con arte van quedándose grabadas en el pecho, las palabras oídas de sus labios coloran todo aquel conjunto con reverberaciones encendidas. La primera consecuencia del estado de ánimo en que cayó la reina fué su falta de sueño. En vano quiso contraerlo cerrando los párpados con verdadera porfía

y combatiendo tenaz las imágenes relampagueantes por su retina y las ideas hirvientes en su corazón. El sueño no caía sobre sus ojos, y mucho menos la tranquilidad sobre su espíritu. Así el primer albor no había dorado todavía las líneas del Oriente cuando ya estaba Dido, tras aquella noche de insomnios y pesadillas, requiriendo algún confidente y alguna confidencia capaces de recibir sus hondísimos secretos y aliviar su lacerado corazón. Nadie como su hermana para esto de compartir las penas del alma y granjear un delicado consuelo. Encaminóse, pues, Dido á las habitaciones de Anna, y le contó lo que pasaba por ella en presencia del náufrago. Su aire noble, sus ademanes distinguidos, la hermosura de varón que revelaba todo su curtido cuerpo, las guerras con tanta elocuencia referidas, las faenas y contrariedades con tal sublimidad soportadas, habíanla cautivado y rendido en términos de no poder apartar, ni la figura de sus ojos, ni la voz de sus oídos, ni los hechos y las hazañas de su memoria, ni los afectos admirativos y cariñosos de su corazón. Anna le respondió por modo natural y lógico lo que cualquier otra confidente le respondiera en su caso, y le dijo cómo aquel su amor no podía serenarse ya en el mundo sino en propicio y religioso matrimonio bendecido por los dioses y sancionado por los hombres. Al oír esto

Dido se airó contra sí misma, por no airarse, cual debía, contra su racional y sesuda hermana. Sus ojos se desencajaron como á impulsos del dolor físico; sus brazos se retorcieron como si la enlazaran entre nudos gigantescas serpientes. Muerto Siqueo á manos de Pigmalión, aquel Siqueo en quien Dido pusiera todos sus amores, y que, vuelto del orco en sombra ó espíritu, había revelado á su viuda riquezas escondidas, mediante las cuales pudo arribar á las playas líbicas y establecer en sus arenas un trono altísimo, no podía ni debía pagar tantos beneficios, dictados por el amor, con otros amores, convidando al tálamo y al solio de Siqueo un extraño, quien, por grande y digno, carecía para ella de suficientes honores y títulos, como debiera tenerlos todo varon llamado á regir en el ánimo suyo y en la ciudad cartaginesa. Así es que Dido creía, no ya cuestión de dignidad para su nombre y para su alma, cuestión de pudor para su cuerpo, el retraerse á todo nuevo matrimonio, permaneciendo en una inconvencible fidelidad, como exigía y demandaba la querida memoria del llorado Siqueo, su primer esposo.

Inútilmente le dirigía reflexiones profundas, le presentaba como cosa de imposible realización el intento de permanecer joven y bella en una soledad eterna, le pintaba cómo los afectos á la mu-

jer más atractivos son siempre un cariño maternal y un amor pagado con verdadera correspondencia; inútilmente, repito, le decía cómo las sombras de un alma y las cenizas de un cuerpo no podían llenar los abismos de su corazón; Dido se parapeataba tras los juramentos prestados, y por combatir á sí misma y vencerse, combatía y negaba cuanto le dijera su adorada hermana. Mas ésta no podía satisfacerse tan sólo para moverla con razones de afección pura y simple; hablábale, como debe hablarse á una reina, de altas necesidades políticas. No obstante su genio superior y su elevada índole, una mujer, con la debilidad y ternura del sexo propio, debía considerar cosa imposible mantener en paz regiones amenazadas por los gétulos, pueblos indomables en la guerra, y los mímidas, jinetes parecidos á las ráfagas del huracán, y los barcios, asaltados por furores comparables tan sólo con los furores de la tormenta. Para mayor desgracia, Cartago,alzada en los arenales ardentísimos y circuída por las tribus salvajes, no podía contar con amparo alguno extranjero á causa del odio que Tiro, por el homicida hermano gobernada, profesó de antiguo á Dido y á su ciudad, por haber conducido riquezas exclusivamente suyas al territorio africano. Y en esta situación, cuando hasta el terreno, sobre cuyas arenas Car-

tago se levantaba, podía sublevarse, encontraba inesperadas armas y súbitos recursos muy bastantes á procurarle preciadas grandezas y á conservar bajo su imperio todo lo aquistado. Dido no consintió en dar por esto su brazo á torcer. Conociendo que, no ya las reflexiones de su hermana, su propia ceguera, voluntaria, de inteligencia, su propio imperioso corazón, le iban imponiendo aquel amor desapoderado hacia Eneas, refugióse con empeño en la religión y pidió á los sacrificios y á los exvotos litúrgicos la victoria que no podía recabar de sus fuerzas naturales. Bajo la techumbre sacra de un templo, al amor del fuego religioso, suspensa con arrobamiento sobre las entrañas recién abiertas de sus víctimas, teniendo una copa consagrada en el sacro altar, pide auxilio divino á los genios superiores para que la socorran y la fortalezcan contra ella misma. Inútil, completamente inútil, toda su apelación. El amor penetra con su fuego hasta en lo interior de sus huesos. Como las ciervas heridas en los prados de Dictea por los pastores de Creta guardan su flecha, y cuanto más huyen de quien se la dirigiera, más se la clavan en su vientre, Dido pretende huir de su Eneas, y cuanto más á él huye por los consejos reflexivos de su conciencia, más á él vuelve por los impulsos indeliberados é inconscientes de todo su sér ínti-

mo. Así cuanto consigue del sacrificio presentado á las primeras divinidades para que la sostengan y para que la socorran es un llamamiento nuevo á Eneas, al temido Eneas, al rechazado Eneas, temeridad cohonestada con el deseo de allegar algunos consejos suyos y demostrarle los muros y el circuito de Cartago á fin de industrialarle del grandor y poder que tiene una ciudad, erigida gracias á las riquezas fenicias aportadas de Tiro y de Sidón, y ampliamente distribuídas por discretas provisiones y por sesudos acuerdos.

En efecto, la reina lleva, entre tantas obras como hay allí comenzadas, al huésped; mas, queriendo hablarle de las altas cosas políticas, no sabe cómo componérselas, pues le habla siempre de afectos y le halaga y entretiene con ardientes y sentimentales conversaciones. Ningún coloquio, ningún diálogo dura lo que durar debiera por una ley natural, á causa de las volubilidades con que salta Dido, sin poderlo remediar, desde los motivos más ligados con el gobierno á los motivos más ligados con el amor. Estas conversaciones se repiten mucho con el querido huésped. Frecuentes y largas, cuando la hora de separarse llega todas las noches, Dido no puede conciliar el sueño, y sus ojos y su pensamiento se fijan á una en el hombre á quien acaba de rendir su albedrío contra todo su grado, llamán-

dole señor y soberano de su alma. Con esas industrias propias del amor, siempre que Dido se retira, suele llevarse consigo al niño Ascanio y acostarlo en su lecho por la semejanza que tiene con su padre. Dada tal situación, cáensele á Dido las riendas del gobierno, y al caérsele por su triste absorción en los amorosos pensamientos, la fábrica de Cartago se interrumpe. No suben ya las torres, no suenan las armas, no crecen los puertos; todo trabajo queda suspendido, y las moles, que se apilaban unas sobre otras, amenazan desprenderse, aplastando á quienes las habían amontonado. Juno quería divertir de Italia con empeño á Eneas reteniéndolo en Cartago, mientras Venus impelía á Eneas hacia Italia para darle mayor fortuna y pujanza. De aquí un combate mortal entre las dos diosas, combate verdaderamente dramático, pues mientras la una, Venus, ha sugerido el amor á la reina para que su hospitalidad resulte mucho más afectuosa, su émula ó enemiga Juno quiere aprovechar tal sentimiento para impedir la futura grandeza de Italia y quebrantar el sumo poder del rey Eneas.

A fin de realizar mejor sus propósitos, la reina de los cielos infundió en él aficiones á fiestas, cazas y divertimientos varios, en que pudieran Dido y Eneas verse para decirse mutuamente sus afec-

tos y quizás tropezar en las soledades y retiros del campo, uniéndose por el nudo indisoluble de su mutua pasión. Así comiézase una ruda fiesta, en que mezclaban los empeños de la caza con los empeños de la pesca. Gran muchedumbre de caballeros masílicos acompaña en su diversión á los príncipes. Aun no habían despuntado los resplandores primeros del alba, cuando ya se veía de pie á la reina, esperada y seguida por todos los potentados y por todos los magnates de su reino. Apuesto caballo, resplandeciente de oro y ceñido de púrpura, en la puerta del palacio aguarda impaciente á la reina, tascando con noble rabia el freno de oro blanqueado por las espumas de su boca. Dido aparece, la clámide tiria pintada por las múrices del mar sirio en su cuerpo, los borceguíes celestes parecidos á los que usaba Diana en sus pies, las cintas y diademas de oro á su cabeza. Eneas la sigue, y el poeta, que celebra y canta estos amores, no sabiendo con quién compararlo, compáralo con Apolo en Delos, su isla maternal, circuído por coros sacros, adorado por sacerdotes que se pintan el cuerpo y danzan trémulos alrededor suyo en misterioso círculo, ceñidas de laureles sus sienes y las flechas de oro en el carcaj puesto sobre sus espaldas. No hay en el mundo antiguo y en la vieja historia cazador al-

guno comparable á este cazador excelso y divino, pues de haberlo, con él ciertamente comparara su poeta épico Virgilio al bello y piadosísimo Eneas. Apenas comenzada la cacería, y cuando las flechas se cruzan en todas direcciones y los gamos y los ciervos en tropel corren, espesa nube oscurece los horizontes, despide sobre la tierra fuerte lluvia mezclada con fríos granizos. Todos los compañeros de caza huyen por los cuatro puntos cardinales en requerimiento de refugio, mientras Dido y Eneas quedan solos en cercana gruta, que, al resplandor de la tempestad convierte la demente Dido en templo y tálamo de improvisado himeneo, por ella juzgado en su locura tan divino cual si las más altas potestades del cielo y de la tierra pudieran á una consagrar con nombres santos y legítimos títulos fugitivas embriagueces del sentido y delirios más fugitivos aún, cuyos estremecimientos no lograran nunca la serenidad propia del verdadero amor. Aquel día murió Dido, exclama Virgilio, porque nada pudo retenerla dentro de su deber, ni la decencia, ni el pudor, y fué osada, en su ceguera y delirio, á encubrir su imperdonable debilidad con la denominación respetable de himeneo. En cuanto la fama llevó por el espacio los ecos de tal suceso, terrible cólera se despertó en Yarbás, caudillo de aquellas tribus y señor de aquellas tie-